

MARÍA ANTONIA DE PAZ Y FIGUEROA Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Manuel Guirao, obispo de Santiago del Estero, escribió: *Veo a María Antonia como una de las expresiones más fuertes de la evangelización en tierra argentina*¹. Nacida en Santiago del Estero, en 1730, muerta en Buenos Aires, en 1799, fue una santa evangelizadora. Es verdad que todos los santos son evangelizadores, al menos por el testimonio. Pero ella sumó, al testimonio, una acción evangelizadora. Acción itinerante, catequética, "ejercitante". Impulsó un movimiento que transformó a la sociedad virreinal.

Vivió en una época intermedia entre la primera evangelización, la del siglo XVI, y la "nueva" evangelización del siglo XX, propuesta por Juan Pablo II. Podemos preguntarnos si su actividad, en el siglo XVIII, corresponde más a la primera o a la segunda evangelización. En realidad, participa de ambas. En zonas rurales, inicia una primera evangelización, hablándoles a los pobladores indígenas en su propia lengua. En zonas urbanas, realiza una segunda evangelización, ya que la mayoría son allí católicos bautizados y medianamente instruidos. Por eso, es no solo un ejemplo del pasado colonial que admiramos al estudiar la primera evangelización. Es también, para nosotros, un modelo de "nueva" o segunda evangelización, cuyos métodos revisten hoy gran interés.

Entre la antigua y la nueva Compañía de Jesús

La primera evangelización es la *fundacional*, una de cuyas expresiones más relevantes fue la obra de las Reducciones. Las del antiguo Paraguay —establecidas por los jesuitas— eran treinta,

1. FRAY CONTARDO MIGLIORANZA, *María Antonia de Paz y Figueroa. La beata de los Ejercicios*, Misiones Franciscanas Conventuales, Buenos Aires, 1989, p. 7.

repartidas así: ocho en Paraguay, quince en Argentina y siete en Brasil. Ahora bien, cuando los jesuitas son expulsados de todos los dominios españoles por Carlos III, en 1767, María Antonia tenía 37 años. Fue contemporánea de las Reducciones. Más aún, su contacto tan estrecho con los jesuitas de Santiago del Estero, le había permitido seguir la evolución de las Reducciones, en particular durante la crisis desatada por el Tratado de Permuta, de 1750, cuando ella tenía 20 años. Por ese Tratado de Límites se imponía, a los jesuitas y a los indios, el abandono de las siete Reducciones al este del río Uruguay. María Antonia vivió esos episodios, así como la consecuente guerra guaranítica que terminó en tragedia. Ella es, por tanto, una *testigo privilegiada* del fin de la primera evangelización.

Nuestra santa no se queda gimiendo ante el derrumbe de una obra tan colosal como eran las Reducciones. Pone manos a la obra e inicia la segunda evangelización mediante la catequesis. Pero no se limita a la "instrucción" religiosa. Orienta todo a la conversión de los corazones, de donde se seguirá la conversión de la sociedad. Buscaba lo que Pablo VI llamó en nuestro siglo la *civilización del amor*. Cambiaron las costumbres de Buenos Aires, cambió el comportamiento social en el Virreinato, pero todo ello a partir de la conversión interior. No solo se ocupó de la evangelización y de la promoción de lo religioso y de lo humano. Tendió a una promoción que surgiera como fruto de la evangelización, a una defensa de la dignidad humana a partir de lo vivido por la fe: que todos somos hijos de Dios.

María Antonia continúa la obra de los antiguos jesuitas. Con ellos aprendió el método de los Ejercicios, que populariza aún más. Pero además de continuadora de los antiguos, es precursora de los nuevos jesuitas. La historia parecía marchar en un sentido. Los jesuitas habían sido expulsados de Portugal, de Francia, de España. Para completar esa destrucción, Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús, en 1773. Desde entonces, los jesuitas expulsados, con los cuales ella se carteaba, ya no eran más jesuitas.

Lo normal hubiera sido que ella, fiel hija de la Iglesia, aceptara lo resuelto por el Papa y diera por concluida la acción de los jesuitas. La Iglesia y la sociedad marchaban en un sentido, pero ella decidió remar contra la corriente de la historia. Era obediente, pero no una mujer "sumisa". No entraba en el esquema que nos hacemos de la mujer en la época colonial. Obedecía a la Iglesia

pero con una *obediencia en la fe*, que le permitía ver en profundidad. Con una *obediencia en la esperanza*, que le permitía ver más lejos. Profetizó así el resurgimiento de la Compañía, lo que tuvo lugar en 1814, por decisión de Pío VII.

María Antonia, muerta en 1799, no alcanzó a ver el resurgimiento, mucho menos el retorno de los jesuitas a estas tierras, en 1836. Pero con su espíritu profético inició el tiempo nuevo. Ella hace de puente entre la antigua y la nueva Compañía. De modo similar, es un puente entre la primera y la segunda evangelización. Le da así continuidad a la obra evangelizadora de la Iglesia. El Cura Brochero, un siglo posterior a ella, continúa la estructura del puente entre las dos generaciones. Los dos juntos son más que dos santos, dos misioneros, dos promotores del bien común. Constituyen como *los dos pilares del puente* que va de la primera a la segunda evangelización.

Los Ejercicios en la evangelización

El obispo, Mons. Guirao dice de María Antonia: *Creo que se la puede distinguir, con razón, como la mujer más evangelizada y evangelizadora de esa época*². Uno dividiría naturalmente su vida en dos períodos: primero su juventud, hasta los 37 años, cuando se forma como discípula de los jesuitas. Ella es evangelizada. A partir de la expulsión de los jesuitas, en 1767, comenzaría su segundo período, hasta los 69 años, como maestra de vida espiritual. Ella es evangelizadora. Son dos períodos casi de la misma duración. Uno de preparación, otro de acción.

Sin embargo, esa división es un tanto engañosa. No existió primero la discípula y después la maestra. Es la maestra la que se va formando con los jesuitas, y toda su vida continuará siendo discípula, aunque sus antiguos maestros ya no estén. Ella ha aprendido, en los Ejercicios precisamente, a dejarse conducir por las mociones del Espíritu Santo. Si lucha por el retorno de los jesuitas no es por una simple fidelidad a los amigos de antaño. Es por una *moción profética*. Si promueve la práctica masiva y popular de los Ejercicios no es porque eso era lo que sabía hacer,

2. *Ibid.*, p. 8.

lo único que sabía hacer. Ella ve, como Brochero en el siglo siguiente, que los Ejercicios son el instrumento más eficaz para una nueva evangelización. Esto también lo capta con su sentido profético.

Como se dice, no hay mal que por bien no venga. Y la expulsión de los jesuitas permitió que se desplegara toda la iniciativa de María Antonia, toda su creatividad evangelizadora. Si la Compañía no hubiera sido expulsada y suprimida, la Providencia le habría deparado otras ocasiones. Pero lo cierto es lo que ocurrió. Su vida quedó íntimamente ligada a la pasión y la muerte de la Compañía de Jesús, produciendo ya frutos de resurrección. La Orden Jesuítica podría haber desaparecido para siempre, como ocurrió con tantas Congregaciones en la historia de la Iglesia. Pero lo que no podía desaparecer en el corazón de María Antonia, eran los santos jesuitas, comenzando por San Ignacio, que son ya *patrimonio de la Iglesia universal*. Y con Ignacio, maestro de espiritualidad, sobrevivían los Ejercicios, su legado más personal.

Tomar el relevo de todos los expulsados en la tarea de los Ejercicios fue un enorme desafío. El simple reemplazo en las Reducciones requirió el empeño de tres Órdenes —franciscanos, dominicos y mercedarios— entre las cuales se repartieron los treinta pueblos. Y costó encontrar frailes que entendieran guaraní. Las tres Órdenes mencionadas realizaban ya un trabajo meritorio, no inferior al de los jesuitas, pero al momento de la expulsión de éstos estaban sobrecargados de tareas apostólicas. No obstante ello, aceptaron el reemplazo. Entre los nuevos misioneros se destacaron algunos por su acción heroica, pero el problema consistía en que el *sistema de las Reducciones* había sido desarticulado, de modo que su desmoronamiento era simple cuestión de tiempo:

Costó también el reemplazo en la tarea educativa, ya que los jesuitas habían fundado la universidad de Córdoba, la única del país, y atendían varios colegios. Ahora bien, no menor que estas dos actividades, la *misional* y la *docente*, era la de los Ejercicios. Aquí se sumaba una dificultad especial. Misioneros y docentes tenían todas las Órdenes religiosas, así como el clero diocesano. Con paciencia se podían encontrar reemplazantes. En cambio, los Ejercicios aparecían como algo tan propio de la Compañía, que era difícil encontrar quien tuviera la audacia o el atrevimiento de dar los Ejercicios por su cuenta, con el mismo espíritu de nuestro Padre Ignacio.

La misión, entonces, que la Providencia le asigna a María Antonia no es simplemente la de seguir dando Ejercicios, como por

inercia, para que no desaparezca una obra tan buena. Ella está llamada a crear en todos —clérigos y laicos— la conciencia de que los Ejercicios son patrimonio de la Iglesia universal y no una modalidad peculiar de los jesuitas. Gracias a la santa, toda la Iglesia, más aún, toda la sociedad rioplatense, recibe esa herencia de los Ejercicios y se consagra a ellos con un entusiasmo que no habían conocido en tiempo de los jesuitas. Quizás Dios permitió la supresión de la Compañía para que el fruto espiritual de la experiencia ignaciana, en Manresa, no quedara encerrado en los límites de una Orden.

El desafío de reemplazar a los expulsados llevó a la Beata de los Ejercicios³ a peregrinar por todo el interior del país, a trabajar en Uruguay y a soñar con viajar a Europa. Su fortaleza resalta más aún cuando tiene que enfrentar sola, en Buenos Aires, la oposición del virrey y del obispo. Sin embargo, más allá de los dones personales que todo esto supone, la misión de María Antonia es hacer de puente. Primero, entre la antigua y la nueva Compañía de Jesús, como ya vimos. Segundo, entre la Compañía y la Iglesia, permitiendo que los Ejercicios adquirieran su dimensión universal. Tercero, entre el clero y el laicado, ya que ella, una laica consagrada, dirige una obra en la que colaboran sacerdotes. Estamos acostumbrados hoy a ver laicos, y sobre todo laicas, que son las secretarías y colaboradoras más fieles de los sacerdotes. María Antonia nos muestra otro esquema en el que la mujer no va detrás, como en inferioridad de condiciones, sino delante, llevada por el Espíritu, otorgando a la Iglesia un carácter más *maternal* y menos *empresarial*.

Una laica consagrada

La familia de María Antonja era de posición desahogada. Un tío suyo había sido teniente gobernador de la provincia de Santiago del Estero durante diez años. Y siendo de origen social elevado, ella

3. Cf. JUSTO BEGUIRIZTAIN, sJ, *La Beata de los Ejercicios*, Buenos Aires, 1935, 240 pp. Conviene hacer notar que el título de "Beata" no corresponde aquí al que otorga oficialmente la Iglesia, como paso previo a la canonización. "Beata" equiválía a "mujer consagrada".

va a dedicarse a los pobres, viviendo un estilo peculiar de austeridad y pobreza. Va a desarrollar la virtud, y también el arte de la mendicidad para mantener sus obras, en particular la Casa de Ejercicios. Propició una Iglesia que hiciera la opción preferencial por los pobres, con la cual también coincidirá el Cura Brochero. No se quedó en el asistencialismo (ayudar a los pobres), ni en una opción personal espiritualista (vivir como un pobre), ni en una reforma social (redistribuir la riqueza). Tuvo algo de todo esto, pero llegó aun más allá.

Como pasó su niñez en el campo, aprendió allí a convivir con los campesinos y a compartir sus penurias. Así como San Roque González, en el Paraguay, convivió de chico con los indios, aprendiendo su lengua guaraní y su mentalidad, de modo similar María Antonia convivió de chica con los paisanos pobres, captando su mentalidad, su sensibilidad. Cuando ya adulta comience el trabajo de los Ejercicios, podrá ir al campo, visitando rancho por rancho, y hablarles en quichua, la lengua de la región. Los invitará a estar unos días juntos y a oír contar las cosas de Dios.

Como escribe Fray Contardo Miglioranza:

Todos los testimonios destacan que María Antonia debió ser muy hermosa: facciones finas, figura alta y esbelta, rostro ovalado, ojos azules, frente despejada y luminosa, modales garbosos, distinción espontánea, porte majestuoso⁴.

Fray Julián Perdriel, dominico que colaboró muchos años con ella, habló de "su cuerpo proporcionado, un rostro hermoso; insinuante pero modesto, agradable pero majestuoso"⁵.

La santidad, obviamente, está más allá de la belleza y de la fealdad corporal. Dios se vale de ambas modalidades, de valoración tan subjetiva, para anunciar su Palabra. En San Martín de Porres, un mulato no tan hermoso según los cánones europeos, resplandecía más significativamente su belleza interior, el cariño de su sonrisa. Y en María Antonia, su belleza vino a ser un signo de su bondad. Para todo chico, su mamá es linda. María Antonia, que será llamada mamá Antúla por la gente, tendrá para todos el rostro de una linda mamá. Lo importante, en el fondo, es eso, que todos

4. FRAY CONTARDO MIGLIORANZA, *Id.*, p. 16.

5. *Ibid.*, p. 13.

le dijeran *mamá* o que hablaran de ella, en tercera persona, como de la *Madre Antula*.

María Antonia entra en la adolescencia cuando se traslada, con su familia, a la capital de la actual provincia de Santiago del Estero. Allí conoce a los Padres jesuitas, uno de los cuales viene a ser su director espiritual. Con el consejo de éste, María Antonia consagra su virginidad al Señor. Es, como diríamos hoy, una *laica consagrada*, que colabora en las obras de la Compañía de Jesús. Se impregna de la espiritualidad ignaciana, con el lema misionero de la *Mayor gloria de Dios*, es decir, del mayor bien de los hijos de Dios.

Sus austeridades y penitencias no le dan un aspecto sombrío, triste o serio. Al contrario, se la ve siempre sonriente, irradiando simpatía. Las penitencias que hace se orientan en tres direcciones: una a *modelar su propio carácter*, forjando un ánimo fuerte y decidido, con el que afrontará después las dificultades. Cuentan que actuaba, en situaciones de peligro, como si no conociera el miedo. Pero también un no creyente puede llegar a ese autodomínio.

Por eso, la segunda dirección, la más importante, era la de *unirse más a Jesús*. Cuando dos personas se quieren mucho, los sentimientos de una se contagian a la otra. Así, al meditar María Antonia los sufrimientos de la Pasión del Señor, se infligía dolor mediante penitencias, porque su ánimo estaba dolido y triste, como el de Jesús. Y al meditar en la Resurrección, se alegraba y gozaba, como en la cuarta semana de los Ejercicios.

Y la tercera dirección, reflejo de la segunda, era su *ansia misionera*. Sufría viendo cómo tanta gente, sobre todo los más pobres, sentían hambre de la Palabra de Dios, y no había suficientes misioneros. Sus penitencias eran entonces una manifestación del ardor misionero que sentía, como su modelo, San Francisco Javier. Como él, empieza a recorrer caminos, hasta llegar a los últimos rincones, los del territorio y los del corazón. Es una santa andariega, que recorre miles de kilómetros a pie, apoyada en una cruz. Así como la simpatía de su rostro, también la resistencia de sus pies forma parte de su estilo de santidad.

Sentir con la Iglesia

Cuando son expulsados los jesuitas, María Antonia siente la inspiración de consagrarse a continuar la obra de los Ejercicios. Pero ¿quién era ella para largarse a tal aventura? ¿Qué sacerdote la acompañaría? ¿Cómo afrontar los gastos de una casa de Ejercicios? Se pone entonces en oración y lo lógico sería que se encomendara a San Ignacio, autor de los Ejercicios y fundador de la Compañía. Sin embargo, acude al gran misionero franciscano, San Francisco Solano. Aquí aparece un rasgo típico de nuestra santa. No se deja encasillar en un determinado movimiento espiritual, el de los jesuitas. Ella es *integradora* y se imagina a una Iglesia en la cual todos colaboran, ayudándose entre sí. Como un siglo y medio antes, en el Paraguay, colaboraban Fray Luis de Bolaños, futuro santo franciscano, y San Roque González, jesuita, que eran muy amigos.

Uno de los males de la Iglesia, en aquella época, eran los enfrentamientos sectoriales: entre obispos y laicos con autoridad, entre clero secular y regular, entre Órdenes religiosos. Grandes oportunidades, como la que se dio en China, para que todo un pueblo de elevada cultura se hiciera cristiano, quedaron frustradas por las disputas entre Órdenes religiosos; en el caso del celeste Imperio, por las rivalidades entre jesuitas y dominicos. Para María Antonia, en cambio, había que *sumar esfuerzos, no restarlos*. Por eso, entre los sacerdotes que dan Ejercicios con ella hay miembros de diversas Órdenes, y de ambos cleros.

Esta es quizás una importante lección que ella nos deja, para la nueva evangelización del quinto centenario. Es como si nos dijera: ante la necesidad de los pobres, necesidad material y espiritual, no tenemos derecho a consumir energías en combates internos dentro de la Iglesia. Este es el espíritu de las reglas para *sentir con la Iglesia*: invocando a un santo franciscano, ella era más ignaciana aún.

El padre de María Antonia se llamaba, precisamente, Francisco Solano (de Paz y Figueroa). Y ella, delante de la imagen del Santo evangelizador, exclama:

¡Oh, San Francisco Solano, con la magia de tu violín llamaste a la conversión a muchas tribus salvajes! ¡Intercede delante de Dios para que las muchedumbres oigan mi voz!

Ella se siente muy cerca de la primera evangelización, realizada dos siglos antes, con las *tribus salvajes*. Y es llamada por Dios para una nueva evangelización, con las *muchedumbres*. La magia de un violín, en la primera, el encanto de una voz, en la segunda. Hay algo común a ambas, que es la música, el canto, la armonía. San Francisco Solano y la Beata de los Ejercicios asocian, a la tarea evangelizadora, el sentido estético. De esa forma llegan a los corazones de la gente sencilla, a los analfabetos, a los indios que entendían mal el castellano, a los negros y mulatos, oriundos de un tercer continente. En la tercera regla para sentir con la Iglesia, justamente, pondera San Ignacio los cantos y los salmos.

Diría que estos santos, de la primera y de la segunda hora, veían en la música y en el arte no solo un medio para lograr el fin de un mayor acercamiento a Dios. Lo estético no es un valor utilitario. Es buscado por sí mismo, por el gusto de disfrutarlo. Es, digamos, un *fin*, aunque no el fin último. Y los grandes evangelizadores son simultáneamente creadores de una nueva cultura, en la cual se valora más el ser que el tener, el disfrute de la música más que la riqueza de la vestimenta, la alegría de la fiesta más que el placer y la comodidad.

De este modo, la nueva evangelización no apunta solo a mejorar la práctica religiosa, la catequesis, las devociones. Implicó un nuevo enfoque de toda la vida, una *búsqueda de valores*, una promoción de la dignidad humana. Hace medio siglo, parecía que el ideal, en nuestro país, consistía en la implantación de la educación religiosa en las escuelas. Hoy diríamos que el ideal es, ante todo, lograr una buena educación, que incluye naturalmente la dimensión religiosa. De poco sirven las clases de instrucción religiosa en un colegio donde la tónica dominante es el exitismo, la moda, la despreocupación por los necesitados.

El Evangelio como servicio

El primer "equipo" que forma María Antonia está integrado por unas pocas laicas consagradas, como ella, y el Padre Diego Toro, mercedario. El Padre se ocuparía de la predicación y la confesión, y

ellas de toda la parte organizativa. Pero las mujeres no eran las sirvientas del cura. Todos servían a los ejercitantes. La parte organizativa; a su vez, no se reducía a preparar la comida y limpiar la casa. Incluía todos los detalles, desde el horario hasta las oraciones y los cánticos. Todo coordinado para alcanzar el fin de los Ejercicios.

Encontramos aquí otro modelo para nuestra nueva evangelización. No se trata de que los laicos trabajen y se deslomen en la Iglesia. Lo que se busca es su participación, como también la de los sacerdotes, en equipos apostólicos, donde cada uno ponga lo mejor de sí, según su propia vocación. El convencimiento de que laicos y ministros somos *servidores del Evangelio*, evitará que caigamos en la sumisión de los primeros respecto de los segundos. El don de escuchar, comprender y obedecer, en María Antonia, se complementaba con el don de dialogar y de persuadir.

Para ella no era razón suficiente el recurso a la autoridad, digamos mejor al *autoritarismo*: así está mandado y hay que obedecer. Cuando el Papa suprime la Compañía, ella acata la decisión, como la acatan sus maestros, los jesuitas, como lo hizo el Santo Lorenzo Ricci, superior general, que morirá dos años después en la dura prisión del castillo de Santangelo. Pero María Antonia siente, en su interior, que esa decisión pontificia es solo una prueba. La acepta entonces como prueba, que va a purificar los corazones.

Ella confía en la gracia que Dios promete a los que son probados, y comprende que toda prueba es transitoria. Ve que los amigos de los jesuitas quedan desolados y tentados, y los prepara para la *consolación ventura*, como dice San Ignacio en la Anotación 7ª. La tribulación no la hunde en la amargura. Sabe que más allá de las consolaciones y desolaciones, ocasionadas no pocas veces por las mezquindades en la Iglesia, está el servicio del Evangelio, la causa de los pobres y los sedientos.

Después de la tercera semana de los Ejercicios, meditando la Pasión, vendrá la alegría de la cuarta semana, con la Resurrección y la contemplación para alcanzar el amor. La Beata de los Ejercicios es llamada por Dios para hacer de nexo, en la historia de la Compañía de Jesús, entre la tercera y la cuarta semana. Más allá de los Ejercicios como método de renovación espiritual, ella tendrá que vivir la dialéctica de los Ejercicios en la historia de la Iglesia.

El itinerario personal de la ejercitante ha pasado a ser un signo del itinerario eclesial de la Compañía. Cuando ella firmaba *Beata profesora de la Compañía de Jesús*, estaba expresando algo más que una cariñosa simpatía por los expulsos. Ya no era ella la que vivía unida a la Compañía, cómo en su juventud santiagueña. Era la Compañía la que sobrevivía en ella. Por eso María Antonia tiene un lugar reservado, en el santoral de los jesuitas.

Salir para evangelizar

María Antonia comienza la obra de los Ejercicios sin contar con una casa adecuada. Pero primero está la evangelización, luego llegarán los medios materiales como un apoyo. Nosotros fácilmente procedemos al revés: primero el edificio y la organización, luego el trabajo apostólico. La necesidad de planificar vuelca nuestra atención a los medios, suponiendo que éstos, una vez adquiridos, producirán naturalmente el fin. Abrimos colegios y después pensamos en la educación. Compramos una radio y después descubrimos la dificultad de armar buenos programas.

Nuestra santa no se queda en una casa de Ejercicios, esperando que la gente venga a ella. Por el contrario, es ella la que sale a buscar a la gente. Parte de la ciudad de Santiago del Estero y recorre la campaña. Se pone de acuerdo con los párrocos rurales y elige una casa, lo más amplia posible, para hacer el retiro. Hoy (como hace dos siglos) es tanto el trabajo que tenemos en las parroquias y colegios católicos, en las instituciones y movimientos, que no nos queda tiempo para salir a buscar a la gente, a los que no se acercan espontáneamente, como pueden ser los no practicantes o los no creyentes. María Antonia es misionera porque sale, tanto de sí misma y del egoísmo personal como de las estructuras habituales. Va a las casas y a la gente, no se queda en los templos y las instituciones.

A medida que crece la obra de los Ejercicios, María Antonia siente la necesidad de coordinar su trabajo, no solo con frailes y párrocos, a nivel local, donde es conocida, sino también con los de otras poblaciones, donde no la conocen. Salir del terruño supone ya entrar en contacto con el pastor de la Iglesia, para llegar a otras localidades como misionera, que significa enviada, y no como

francotiradora que se abre camino según sus propias ocurrencias. Por eso busca conectar su llamado interior con el envío exterior, su experiencia personal con la misión eclesial.

En esa época, había solo dos obispados en el actual territorio argentino: el del Tucumán, cuyo titular residía en Córdoba, y el de Buenos Aires. Ahora bien, después de la expulsión de los jesuitas, el nuevo obispo del Tucumán, Juan Manuel Moscoso y Peralta, prefirió no llegar hasta Córdoba, donde el sentimiento por la expulsión era muy grande, y se instaló en Jujuy, gobernando desde allí la diócesis. De modo que la Beata se pone en camino hacia Jujuy.

Ella pide autorización para dar los Ejercicios. Pero el obispo no se limita a la cuestión legal del permiso, sino que va al aspecto pastoral. Le pide a María Antonia que organice una tanda de Ejercicios, que resulta todo un éxito, como puede comprobar el obispo. Entonces le da su aprobación y su apoyo. Era el mes de septiembre de 1773. Venía en camino la noticia de que Clemente XIV había suprimido la Compañía. Pero aun sin esa información, el obispo comprende que no es prudente mencionar ni a San Ignacio ni a los jesuitas. Sólo habla de los *Ejercicios Espirituales*, como si hubieran nacido por generación espontánea.

El obispo exhorta a todos los curas a que den *el fomento necesario a Doña María Antonia* en la práctica de los Ejercicios. Y a ella la anima a *que continúe tan altos fines, con el fervor y el espíritu que hasta el presente ha proseguido*. Con esta bendición, María Antonia, de 43 años, parte de Jujuy, por el camino de cornisa. Sale a evangelizar y organiza Ejercicios en Salta, en Tucumán, en Catamarca, en La Rioja y en Córdoba, donde se detendrá un tiempo. A los antiguos jesuitas expulsos, residentes en Roma, les escribe:

A efecto de hacerles conocer la amable Providencia de Dios sobre mí, agregaré que en mis largos y penosos viajes a través de desiertos inhabitados, en medio de lagunas y ríos desconocidos y muchos obstáculos, yo no he sufrido daño considerable. Cuando estuve en Catamarca, fui desahuciada del médico. Me encomendé entonces al Sagrado Corazón de Jesús y me encontré curada pronto, sin ningún otro remedio. A consecuencia de una caída me rompí una costilla, en otra ocasión me disloqué un pie, pero fui curada, una y otra vez, por el contacto de una mano invisible.

¿Pastoral de cantidad o de calidad?

En Córdoba nace una gran amistad entre Ambrosio Funes, hermano del deán Funes, y María Antonia. Ambos mantenían correspondencia con los jesuitas expulsos. Con los informes de Ambrosio y las cartas de María Antonia, los jesuitas redactan la primera biografía, en vida de ella, y la hacen circular por Europa, con el título de *El estandarte de la mujer fuerte*.

En una carta al Padre Gaspar, jesuita expulso, María Antonia le dice:

En esta ciudad de Córdoba se han dado (los Ejercicios) durante catorce semanas, y en cada semana ha habido más de doscientas personas y alguna vez trescientas, sin que, gracias a Dios, haya jamás habido confusión, ni se hayan sufrido molestias por las habitaciones y los víveres, a pesar de que todos los gastos se hayan cubierto con limosnas. La Providencia nos ha provisto de tal suerte, que al mismo tiempo se ha podido ayudar a los pobres y a los presos.

Es interesante la conclusión. No dice que "sobró" algún dinero y se lo dieron a los pobres, sino que *al mismo tiempo* se realizaron ambas actividades.

A María Antonia se le presentaban, desde el principio, dos caminos posibles de apostolado: formar líderes y agentes de pastoral o catequizar masivamente al pueblo. Poner el acento en la *calidad* o en la *cantidad*. El primero es un método indirecto (catequizar a los catequistas), el segundo es directo (catequizar al pueblo). Ahora bien, ella aborda simultáneamente ambas tareas, formar a los agentes de pastoral y formar al pueblo. Nó deja la catequesis popular para un segundo momento. Más bien empieza por allí.

Los Ejercicios les parecían a algunos ser de un nivel superior, para cristianos de cierta preparación espiritual, ya que no es fácil "encerrar" durante una semana a quien está alejado de la práctica religiosa. Ahora bien, María Antonia logra lo que parecía imposible: Ejercicios *intensos* y en forma *masiva*. Si multiplicamos doscientos cincuenta ejercitantes de promedio, en cada tanda, por catorce semanas o tandas, tenemos tres mil quinientos adultos, lo que nos permite afirmar que la mayoría de los cordobeses hicieron los Ejercicios. Algo similar se podrá decir después en Buenos Aires.

Visto desde otro ángulo, para María Antonia la cantidad no significa una pérdida de calidad. Ofrece a todos lo mejor y no solo

un mínimo. Precisamente porque es lo mejor, puede llegar a todos. Ella no comprendería que un sermón o una charla estén bien preparados, cuando se dirigen a ambientes cultos, y estén buenamente improvisados cuando son para gente más sencilla.

La nueva evangelización requiere el uso de los medios de comunicación actuales, para llegar a una población que se duplica, en América Latina, cada treinta o cuarenta años. La cantidad impone sus exigencias ineludibles. María Antonia, con sus tandas de trescientos ejercitantes, aprendió a no perder el contacto personal. Para eso, evitó la tentación de apoyar casi todo el trabajo en los hombros del sacerdote. Reunió otras laicas consagradas, como ella, para dedicarse a esa tarea. Atrajo a muchos otros laicos casados a colaborar en lo mismo. ¿Acaso Ignacio de Loyola no había comenzado a dar los Ejercicios cuando era un laico?

Una nueva sociedad

Fue en Buenos Aires donde trabajó más tiempo y donde los frutos de su apostolado fueron más visibles. Aquí fundó la Santa Casa de Ejercicios, que continúa en actividad dos siglos después. Por ella pasaron miles de mujeres y de hombres, de todas las clases sociales. Con su actividad conformó una nueva Iglesia rioplatense. Más aún, una nueva sociedad, en vísperas de la Revolución de Mayo de 1810.

El historiador Guillermo Furlong, sj, escribió:

Aquella inteligente y bella mujer santiagueña que, además de recorrer casi todo el virreinato del Río de la Plata, con pleno dominio de su actuación, llegó a ejercer una indiscutida autoridad sobre gobernados y gobernantes, hasta llegar a ser la figura cultural más eximia que hubo en el Río de la Plata en las postrimerías del siglo XVIII⁶.

En Buenos Aires, *casi no hay clérigo que no haya hecho los Ejercicios*, escribe María Antonia. Es tan grande el cambio, que el obispo impone la obligación de hacer un retiro en la Santa Casa a los que se van a ordenar. A uno, incluso, ella le aconseja no

6. GUILLERMO FURLONG, sj, *El Trasplante Social*, TEA, Buenos Aires, 1969, p. 270.

ordenarse. La ciudad entera se transforma. Hasta en la "Casa de Comedias" se nota la disminución de público cuando coincide con las tandas.

Ella es la mediadora en las frecuentes disputas entre el obispado y el gobierno, entre el cabildo y el clero. Todo el pueblo la consulta. Cuando va por la calle, no falta quien se arrodille a su paso, lo que la aflige muchísimo. Otros se acercan a besarle los pies. Al anochecer, sale por los sucios arrabales, adonde nadie se aventura, en busca del malhechor y de la mujer perdida. También visita la cárcel, que más parece un basural.

Sus cartas, a los jesuitas desterrados en Europa, son traducidas al latín, inglés, francés, alemán. Son difundidas en Rusia, donde sobreviven legalmente los jesuitas. La priora de Saint-Denis, cerca de París, quiere estar al tanto de toda noticia que llegue sobre María Antonia.

La generación de Mayo se formó en su escuela. Cornelio de Saavedra la llama, en una carta, su *Venerable Señora*. Cuando la Asamblea del Año XIII decreta la libertad de vientres, los patricios trataban ya al negro como a un hermano. Cuando éstos hacían Ejercicios, sus amas se disputaban el honor de trabajar en la cocina y servirles la mesa.

María Antonia fue la figura más luminosa, más popular y más simpática que hubo en tierras argentinas —escribe Furlong. Aquella mujer santiagueña parecía ser hermana, en el espíritu, en la acción y en la inteligencia, de la gran santa avileña (Santa Teresa). Ella es, tal vez, la figura femenina más recia y robusta, al mismo tiempo que totalmente femenina, de toda la historia argentina, así antes como después de 1810. Aun desde el punto de vista literario, Rojas ha creído de su deber el incluir su nombre y sus cartas, no sin expresiones de alto aprecio, en su "Historia de la literatura argentina".⁷

La calidad literaria de los escritos de María Antonia nos daría pie para un capítulo sobre el tema de la inculturación de la fe. Pero sintetizando el conjunto de su obra en relación con la nueva evangelización de los quinientos años, podemos resaltar estos puntos: promoción del laicado en la vida eclesial, y de la mujer; sumar esfuerzos en la Iglesia en vez de restarlos por rencillas internas; salir a evangelizar, buscando a los que están más lejos;

7. *Ibid.*, p. 271.

comenzar evangelizando a los pobres y marginados; transformar el corazón para transformar la sociedad; popularizar los Ejercicios (como hará después el Cura Brochero); sentir con la Iglesia; libertad evangélica; captación de la religiosidad popular; espíritu profético que transmite alegría y esperanza; una sociedad más cristiana, es decir, una *civilización del amor*⁸.

O'Higgins 1331
1426 Capital

IGNACIO PÉREZ DEL VISO, SJ

-
8. La Sociedad de las Hijas del Divino Salvador es la heredera espiritual de la Venerable María Antonia de Paz y Figueroa. En 1905 se inició el proceso canónico para su beatificación, bajo la presidencia de Mons. Marcos Ezcurra, quien escribió posteriormente: *Vida de Sor María Antonia de la Paz*. Edición póstuma anotada por el P. JUSTO BEGUIRIZTAIN, SJ, Buenos Aires, 1947, 188 pp. Existe una 2ª edición (reproducción) de 1980. Puede consultarse también la obra de LUCRECIA SAENZ QUESADA, *María Antonia de Paz y Figueroa*, C.E.P.A., Buenos Aires, 1941, 168 pp. También la voluminosa obra del P. JOSÉ MARÍA BLANCO, SJ, *Vida Documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*, Amorrortu, Buenos Aires, 1942, 436 pp. Una buena síntesis, en la obra de CAYETANO BRUNO, SDB, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Vol. VI, Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1970, pp. 387-402.